

el 22 en Calahorra. Ney no pudo recibirla más pronto que hacia las cinco ó las seis de la tarde del día 22; debió, pues, suponer que era demasiado tarde entonces para pensar en hacer una veintena de leguas, á fin de tomar parte en una batalla ya terminada á la hora en que se ponía en marcha. Conservaba además toda su ansiedad á causa de los movimientos posibles del ejército español, y vista esta incertidumbre, juzgó más prudente aguardar los sucesos en las posiciones que había escogido. Esta inacción le fué reprochada con amargura por Napoleon mismo; pero á buen seguro no era hija de un corazón demasiado tímido! Los historiadores han visto un rasgo de celos contra Lannes, sin pensar que tales celos le habrían más bien llevado á obrar con temeridad y presunción. Si Ney hubiese aparecido en Cascante hacia el fin de la jornada, habría compartido al menos con Lannes el honor de la victoria, porque, en semejante caso, es el que da el golpe de efecto quien produce el efecto principal.

La batalla de Tudela completaba el primer acto de la sumisión presumida de España. De los cuatro ejércitos que habían querido cerrar las avenidas de la Península, no quedaban mas que á la izquierda unos 8.000 hombres que ganaban penosamente la ciudad de León bajo las órdenes de La Romana, el sucesor de Blake; al centro una débil reserva del cuerpo de Belveder que se preparaba á disputarnos el paso del Guadarrama; á la derecha, finalmente, los restos del ejército de Andalucía y Valencia que escapaban de Calatayud sobre Sigüenza vivamente perseguidos por Mauricio Mathieu, después por Ney. En cuanto á los aragoneses habían marchado á encerrarse en Zaragoza. El ejército inglés aún no había conseguido operar su concentración. El cuerpo principal conducido de Lisboa por el general Moore llegó el 13 de Noviembre á Salamanca; pero recibidas malas nuevas del ejército de Blake, estas le habían hecho sentir la necesidad de reunir sus cuerpos esparcidos antes de avanzar por Castilla la Vieja. Le faltaba, además, aguardar su caballería y su artillería que había encaminado por los caminos más fáciles de la llanura del Tajo, de Almaraz á Talavera, para presentarse en seguida delante de su lugarteniente Baird. Habiendo éste salido muy tarde de la Coruña, no había llegado aún á Astorga.

Este estado de cosas permitía á Napoleon avanzar hacia Madrid sin temer nada por sus comunicaciones. Dejaba, en efecto, sobre los confines de Asturias y de Castilla la Vieja, el cuerpo de Sout

entonces á punto de reunirse con el de Junot que entraba de nuevo en España; delante de Zaragoza el cuerpo de Lannes, en los Pirineos el de Mortier en marcha sobre Burgos. Finalmente cubría su izquierda con el cuerpo de Ney llamado á Guadalupe, su derecha con la caballería de Bessieres que inundaba la llanura hasta Segovia, y presentaba sobre todos los puntos á los españoles fuerzas cuádruples. Salido de Aranda el 28 de Noviembre, estaba el 30 al pié del Guadarrama con su guardia, su reserva y el cuerpo de Víctor.

Don Benito San Juan, encargado de guardar las gargantas de Somo-Sierra con los restos del ejército de Extremadura, había colocado una vanguardia de 3.000 hombres que se había dispersado desde la primera aparición de nuestras tropas. El mismo permanecía en Somo-Sierra con 8 ó 9.000 hombres y diez y seis cañones que barrían la calzada. Había distribuido bastante hábilmente sus tropas en cuerpos de tiradores á derecha y á izquierda del camino; mas habida consideración al número de los agresores, sus disposiciones no eran menos insuficientes, puesto que él mismo no había tomado las precauciones necesarias para impedir que la caballería francesa cargase. Después de haber reconocido las posiciones del enemigo, Napoleon lanzó, sobre el flanco de los españoles, algunos regimientos de infantería que desalojaron á sus tiradores. Cuando esta infantería hubo no sin pena librado á derecha y á izquierda los accesos inmediatos de la calzada, en vez de librar un asalto á la batería del centro que hubiese podido ser largo y sangriento, resolvió hacerla arrebatar por su caballería. El general Montbrun, á quien fué confiada esta maniobra atrevida, la ejecuta con un irresistible arrojó: cargó al galope á la cabeza de los caballos ligeros poloneses, recibió en camino una descarga que le mató una treintena de ginetes; mas á los pocos instantes estaba sobre la batería y acuchillaba á los artilleros encima sus piezas. Los españoles se dispersaron pronto por las pendientes del Guadarrama dirigiendo su retirada hacia Segovia.

Madrid estaba en descubierto. La Junta Central que se encontraba aún en Aranjuez, abandonó precipitadamente esta ciudad por Talavera, después de haber dirigido sobre la capital las pocas tropas y refuerzos de que podía disponer. Lejos de mostrarse abatidos por tantos reveses los habitantes de Madrid, estaban dispuestos á defender su ciudad hasta el último extremo. Habían aspillerado sus muros, desempedrado sus calles, acolchonado las ventanas de sus casas, excavado fosos delante de la



BATALLA DE SOMOSIERRA (Cuadro de H. Vernet)



ciudad, y cortado las calles principales por atrinchamientos improvisados. Habían confiado el mando de sus fuerzas á Tomás de Morla, el viejo gobernador de Cádiz, que pasaba por un oficial instruido y experimentado. Se alistó como voluntarios á los hombres válidos y se les distribuyeron armas y municiones. Estas escenas de exaltación patriótica no fueron desgraciadamente exentas, hasta el fin, de las violencias que acompañan tan á menudo las grandes emociones populares. Se había encontrado arena en lugar de pólvora en algunos de los cartuchos distribuidos. El regidor, marqués de Perales, acusado, sin ninguna prueba, de haberles hecho fabricar, fué cogido y asesinado por el pueblo.

El 2 de Diciembre, desde la mañana, el ejército francés tomó posesión bajo los muros de la villa, y Napoleon la requirió para que abriera sus puertas. Habiendo sido esta proposición rechazada con desdén, principiaron luego los preparativos de ataque. La dificultad no estaba en apoderarse de Madrid, porque, con los débiles medios de que disponían, los habitantes de esta villa eran absolutamente incapaces de oponerle una defensa seria, y su artillería sola bastaba para reducirles; mas se quería evitar el odio de la destrucción de una tan grande capital.

Tratábase, pues, de hacer que se rindieran empleando á la vez la amenaza y la persuasión, mostrándoles ante todo la inutilidad de la resistencia. El 3 de Diciembre, Senarmont abrió el fuego con treinta piezas de artillería contra el Retiro, posición dominante que hace dueño de la villa, y de la que los españoles no habían sabido comprender toda su importancia. Al mismo tiempo su atención estaba atraída de otro lado por varios otros ataques secundarios dirigidos contra las puertas de Alcalá, Recoletos, Atocha y Fuencarral. Estos ataques fueron sostenidos con notable intrepidez, por los vecinos de Madrid, pero el Retiro en donde la artillería había abierto una gran brecha no tardó en ser arrebatado por la división Villatte; varias de sus puertas cayeron entonces en poder de las tropas francesas, y sus defensores debieron replegarse detrás las barricadas que cerraban la entrada de las calles.

La población quería continuar el combate, pero sus jefes, más capaces de comprender la inutilidad de una más larga resistencia, estaban descorazonados, así respondieron á un nuevo requerimiento de Napoleon pidiendo un armisticio que dejaría á los espíritus el tiempo de calmarse. El general Morla y D. Bernardo Iriarte vinieron al cuartel general para obtener de él las mejores condiciones. Napoleon les cubrió de reproches, y abominó sobre todo en tér-

minos ofensivos de la conducta de Morla después de los sucesos de Bailén: «¿Como osáis pedir una capitulación, exclamó; vosotros que habéis violado la de Bailén? Violar los *tratados militares*, es renunciar á toda civilización; ¡es ponerse en la misma línea que los beduinos del desierto!» El general Morla le habría podido preguntar que los tratados militares que no interesaban, después de todo, sino á un ejército, podían tener de más de inviolables que los tratados diplomáticos que interesaban á toda una nación y que él se daba el gusto de pisotear; habría podido preguntarle si este culto estrecho, fundado exclusivamente sobre la fe militar, había sido siempre respetado por el que se declaraba ahora su apóstol. Pero profundamente turbado ante estos estrépitos de cólera de un hombre de quien su vida dependía y que era capaz de todo, guardó silencio. Napoleon concedió á la Junta un plazo de algunas horas para rendirse. Al día siguiente por la mañana, á las seis, firmó, con muy ligeras modificaciones, el proyecto de capitulación que le trajeron los mismos enviados, y su ejército tomó posesión de Madrid.

Sus tropas tan pronto tuvieron sometida la villa y desarmados los habitantes, se apresuraron á mostrar la estima que él mismo hacía de estos tratados militares para los que invocaba tan alto la santidad. Apoyándose en algunos actos aislados de sedición, imposibles de prevenir en una gran capital y, sobre todo, en medio de semejantes agitaciones, escribía á Belliard, nombrado gobernador de Madrid, «que hiciera quitar de todas partes la capitulación que, no habiendo sido observada por los habitantes, *era nula*.» Hizo notificar á los oficiales y generales españoles que quedaban prisioneros de guerra, contrariamente á los términos de capitulación que estipulaba (art. 10) «que los generales que quisieran quedarse en la capital conservarían sus honores, y que los que no quisiesen quedarse, saldrían libremente.» Las tropas españolas habían afortunadamente abandonado á Madrid en la noche que precedió la capitulación. Abolió el Consejo de Castilla, deshonoró públicamente á sus miembros llamándoles flojos y cobardes; les hizo encarcelar violando el artículo 6.º por el cual estaba obligado «á mantener las leyes, las costumbres, los *tribunales* en su forma actual, hasta la organización definitiva del reino;» finalmente castigó con cárcel perpetua al príncipe de Castellfranco, al marqués de Santa-Cruz y al conde de Altamira en desprecio de las cláusulas más formales de la capitulación, bajo pretexto de que estaban comprendidos en el famoso *decreto de am-*

